LA SELVA EN LLAMAS – JOSÉ DE LA CUADRA

CUENTO PARA GRAN MAGAZIN

Desde cierto punto de vista, Rubén Jímenez debía ser considerado como un hombre de mala suerte. Las circunstancias le eran casi siempre adversas o, por lo menos, no le favorecían el deseo intenso. Igual que a esos barcos a quienes el mar señalo para el banquete de los naufragios, constantemente le soplaban de proa vientos contrarios, y lo empujaban al revés. Esto lo repetía él a cuantos querían escuchárselo. Como escritor, por ejemplo, prefería los temas plácidos; y habría gustado tratarlos con reposo, en un ambiente apacible, al calor cordial del gabinete atestado de libros, de cuadros, de esculturas. En cambio, era redactor a sueldo de una empresa de magazines amarillos de Nueva York, que le exigía crónicas angustias de interés, con argumentos escandalosos y de algún fondo veraz, ya que no lo contrario precisamente como relatista. Y, pues que la búsqueda del asunto del asunto lo llevaba de aquí para allá por todo el territorio del País, Rúben Jiménez había de escribir en los sitios más raros y de las maneras más inadecuadas: ora sobre la cabalgadura, apoyando el papel en la maleta, y esta en las piernas; ora en el tren trepidante, contra el cristal de la ventanilla; ora en los menudos bancos de las canoas o en la borda mojada de los pequeños veleros de cabotaje, mientras las olas hacían bailar el buque una rumba sacudida.

Jiménez, que suspiraba por la tranquilidad, flotaba en la marejada. Él, que detestaba la truculencia, vivía de lo truculento.

Verdad era que, en ocasiones, gozaba de placeres que los otros tipos de escritor no conocen. Esto ocurría cuando efectuaba algún "descubrimiento" o se anticipaba a sus colegas en explorar una "Primicia".

Su júbilo no reconoció límites cuando comprobó de ojos ---y escribió sobre eso--- que, en ciertas aldeas de la provincia de Loja, cerca de la raya peruana, suelen conducir los cadáveres en su último viaje, montados a caballo, sosteniéndolos erguidos en la silla, con dos horquetas atadas, por los quebrados caminos, hasta los cementerios remotos.

Fue mayor aún su alegría cuando antes que cronista alguno dio al mundo ---es decir, al mundo que leía los magazines amarillos--- la "verdadera historia", por cierto confeccionaba a su antojo, de aquella baronesa loca que practicaba el nudismo integral y el amor poliándrico en una abandonada isla del archipiélago de las Galápagos, de la cual terminó por declararse dueña y proclamarse emperatriz. Pero suponía que sus exitos precedentes habrían de palidecer ante la narración de aquel suceso, cuya historia tituló: "La selva en llamas", o algo parecía, y que alistaba para enviar a los magazines.

El hecho podía resumirse así: en la zona maderera al norte de Quevedo, una mujer y su amante habían perecido, quemados vivos, mientras se refugiaban en una tienda de campaña, en el corazón de la selva. Entendía que el fuego se habían producido accidentalmente, como es frecuente en ciertas zonas de la selva durante los grandes calores, cuando las sequía del verano y los soles recios tuestan la vegetación y la convierten en paja combustible.

Pero no faltaban algunos que presumieron la intervención de manos criminales. En tal evento, ¿quiénes los autores? No cabía establecerlos; pero, en lo que atañe al marido de la mujer quemada, había que descartarlo: desde el día anterior estuvo ausente del

lugar y parece que incluso ignoraba que ella tuviese un amante. No valía, pues, pensar en venganzas conyugales. ¿Entonces? No quedaba sino la casualidad: la casualidad que, en los hilos de sus procesos tenebrosos, hizo saltar el cortocircuito que prendió el incendio.

Empero, Rubén Jiménez no e satisfacía con las explicación.

Había la circunstancia de que la mujer quemada viva era yanqui: una rubia americana joven y linda, y Jiménez creía que esto le concedería al asunto mayor atracción para el público lector de los magazines amarillos.

Así, decidió investigar el caso por su propia cuenta.

Una mañana salió de Guayaquil a caza del relato.

Se constituyó en el lugar mismo del trágico acontecimiento.

Era en la selva cerra, donde crecen los árboles que suministran las finas maderas: el guayacan, el roble, el pechiche, el laurel, la cañafístola, mil más y, sobre todo, esa rareza vegetal que es el palo de balsa. Estaba instalado allí, en punto denominado "La Bejuca", un campamento de madereros que trabajaban a destajo para cierta compañía exportadora de Guayaquil.

La compañía andaba disgustada con la calidad de la madera que mandaban los cortadores, y envió a su técnico agrícola, Walt Hills, un norteamericano de Colorado, para que inspeccionara los cortes, seleccionara las "manchas" de árboles y diera instrucciones a los trabajadores.

Viaje largo, Hills acordó hacerlo con su mujer, y escogió el sitio de La Bejuca para armar su tienda de campaña. Desde ahí cada semana a recorrer los demas sitios donde se cortaba madera para commpañía; sus ausencias del campamento duraban tres o cuatro días, y, entre tanto, la mujer permanecía sola en la tienda, recomendada tácitamente al cuidado de los capataces.

Conforme a las descripciones de los madereros, Joan Hills era una cosa deliciosa: rubia, con ojos verdes, de piel dorada como una naranja, de cuerpo estatuario: una joya viva, una adorable muñeca.

Además, era atrevida como un muchacho, y amaba la vida peligrosa de la selva con un amor de aventura y de osadía que la volvía aún más encantadora.

Estos datos recogió fácilmente Jiménez tan pronto como llegó a La Bejuca; los demás, hasta completar su historia, le costaron arduos esfuerzos y pusieron a prueba su habilidad.

JOSÉ CASTRO no sabía nada. De apurarlo en seco, habría jurado hasta que ni siquiera conoció a "la gringa". Sin embargo, el aguardiente de caña le soltaba la lengua un poquitín.

Rubén Jiménez sorprendió en seguida ese detalle. Tras menudear medios vasos, le preguntaba:

--- ¿Era guapa la gringa, Castro?

El maderero se relamía como si saboreara un bocado exquisito:

--- ¡De comérsela! Nadie ha visto por aquí una hembra más buenaza, ¡caray!

Pero José Castró no sabía nada más. No decía nada más.

RUFINO MANZO, un cuarterón, y el negro JESUCRISTO OLARTE estaban conformes en que el capataz Proaño, el amante de "la gringa", que murio con ella, era un ser despreciable, digno de que sobre él cayeran toodos los males: un ente repulsivo.

--- Esa muerte le tocaba a Proaño ---afirmaba Manzo.

--- Y su alma, más negra que mi pellejo ---añadía Jesucristo Olarte---, ha de seguir tostándose en los profundos, como el cuerpo en vida.

Rubén Jiménez averiguaba:

--- Ustedes no lo querían a Proaño, ¿no? ¿Qué les hizo?

Los dos respondían más o menos al propio tiempo y lo mismo con tono bravío, como al referirse a un enemigo a quién se odia, pero no se teme:

--- A nosotros no nos hizo nada, pues... Con nosotros no metía... ¡Caro le hubiera costado!

JONÁS BARZOLA semejaba un loro viejo. Era el más anciano de los madereros y el que más años contaba trabajando para la compañía en esos lugares de La Bejuca.

Este hombre tranquilo y mesurado, que hablaba sentenciosamente, repetía:

--- Son cosas que tienen que ser siempre... Vea, niño: la carne buena se paga fuerte... Así es... Si usted, vamos al caso, quiere comer venado, ¡viera qué peligroso cazarlo! A lo mejor, usted se rueda de un cerro y se mata. A la larga, cuesta mucho... Así me creo yo que fue con el finadito...

LUIS LEÓN era un sujeto estevado y chiquitín, casi un enano. Lo apodaban "El Jorobado", aunque propiamente no lo era. No habría podido trabajar en el corte. Su labor se reducía a medir los palos tumbados y anotar las calidades.

Reía, con una risa maliciosa y procaz:

--- Yo la vi una vez, bañandose. La espié, escondido detrás de un árbol. ¡Oh, oh, oh! ¡Y que ese Proaño, engendro feo, la tuviera! Hay hombres con mucha suerte, ¿no? Pero, ¡bien hecho!, Dios lo castigó… Porque Dios castiga la mucha suerte…

ARMENIO NÚÑEZ era un tipo todavía joven, pero con aire grave de madurez. Causaba la impresión de que hubieera vivido muy de prisa los años mozos y que, ahora, estuviese hastiado de todo, quizá ya hasta de vivir. Era sombrío y triste. Su voz de desenvolvía pausadamente y con cierto tono vago de lejanía, de ausencia. Su mirada, en cambio, cuando la fijada en algo de lejanía, de ausencia. Su mirada, en cambio, cuando la fijaba en algo lo penetraba como una punta de acero.

Rubén Jiménez había procurado desde el principio ganarse la confianza de este rato individuo. Frecuentaba su trato y lo llamaba familiarmente "Armenio" para congraciarse con él. Jiménez quería ver en Nuñez una clave preciosa del misterio que ansiaba dilucidar.

--- ¡Usted cree que fue casual el incendio del monte, Armenio?

--- Si, señor inspector.

(Porque Jiménez había obtenido de la compañía maderera en Guayaquil, un pseudo nombramiento de inspector que justificara su presencia en los campamentos y alejara de él toda sospecha)

--- Pero, mire, Armenio: usted es un conocedor de la selva y sabe que el fuego no pudo prenderse accidentalmente, haciendo un círculo perfecto en derredor de la tienda, ¿no es eso?

Armenio Núñez lo miraba con su modo terrible que desazonaba:

--- Todo puede ser, señor inspector. Depende del viento. Sí; del viento.

Pero, esta palabra "viento" silbaba. No; no era el buen viento conocido, el viento de siempre. Era otra cosa extraña. Como un poder. Como el destino.

Algo así parecía que hubiera tras esa palabra en la mente de Armenio Núñez, hombre misterioso:

--- El viento…

--- ¡Era una yegua! ¡Una yegüita melada...!

--- Como un ángel... ¿Usted ha visto los ángeles en las iglesias? Bueno; así era...

--- ¡Maravillosa!

--- A veces se vestía como un varón. ¡Era un encanto! Se le dibujaban las formas.

--- ¿Y cuándo se bañaba?

--- Se bañaba desnuda.

--- Yo la vi

--- Yo también

--- Y yo

--- En ese esterito, a la espalda de los porotillos, en el agua boba, ahí se bañaba.

--- Era blanca como..., ¿Cómo qué?

--- Como la leche.

--- No; como la luna... Sí; como la luna.

--- No; era del color de las naranjas maduras.

--- No, no; ese no la vio. Yo la vi desnuda. Era blanca como la luna. ¡Las piernas, sobre todo! Yo le vi las piernas... ¡Oh, oh, oh!

--- El marido era un infeliz

--- Un gringo torpe era

--- No merecía lo que tenía.

--- Así es. San Pedro le regala caballos a quién no sabe montar.

--- El puerco más ruin...

--- Y el amante, ese Proaño, espantoso como una "mala visión"

--- ¡Oh, oh, oh!

--- Era linda ella, ¿no?

--- Lindo es poco decir.

--- ¡Oh, oh, oh!

--- Pero, no fue de Proaño.

--- Proaño la besaba

--- Eso si; pero no la poseyó... ¡A Dios gracias!

--- ¿Cómo sabes tú?

--- Yo… yo vi… Esa noche, sí. Habría sido suya, quizá. Pero el fuego lo impidió a tiempo. Proaño recién llegaba a la tienda cuando se alzó la candela. Yo vi…

--- ¿Y cómo viste?

--- Yo espiaba… Proaño se acercaba a la tienda, arrastrándose para que nadie se percatara… ¡Y que no le hubiera picado una equis rabo-de-hueso, siquiera!... Era casi la media noche. Entró…

--- Y sopló el viento, y atizó la hoguera…

--- ¿Cómo sabes? ¿Cómo sabes?

--- Yo espiaba…

--- ¡Oh, oh, oh!

El alcohol les encendía ahora en el cerebro otro fuego, devorador como aquel de esa noche que se alumbró de locura, en la selva dormida…

--- ¡Oh, oh, oh!

Esa noche ---iban ya tres meses corridos desde entonces--- los madereros estaban reunidos al pie del gran matapalo blanco, en cuyo troco cada uno había grabado su nombre o lo había hecho grabar por los que sabían escribir.

Era una costumbre antigua la de juntarse ahí, al amparo del gigante de mil piernas, a fumar y a charlar, luego del café de la merienda, antes de acogerse al ramadón cañizo donde dormían. Se confundían unos con otros ---capataces, apuntadores, cortadores, cargadores---, fraternalmente, borradas por las sombras las diferencias del día.

Solían estarse ahí hasta la hora de ánimas, esto es, hasta las ocho, en que se retiraban vencidos de sueño fatigado; pero esta noche iba ya mediando y aún permanecían en torno de la fogata que habían encendido para calentar un café trasnochado.

Además, apenas cruzaban palabra. Un silencio pertinaz reinaba entre ellos. Y esa extraordinario.

Porque su distracción era justamente conversar, referir, narrar. Cada quién poseía su bagaje de relatos que, un tanto remozados, repetía cada vez.

Ahora, no. Conjurados de mudez, parecían esperar…

El loro viejo Jonás Barzola rompió el silencio, de repente:

--- Debimos habérselo dicho al marido, mejor; porque…

Armenio Núñez lo interrumpió:

--- No habría hecho nada ese.

--- ¡Gringo imbécil!

--- Si habría hecho: se lo habría llevado.

El jorobado León clamó:

--- ¡No, no; eso no! ¡Que no se la lleve! ¡Todo antes que se la lleve!

--- No se lo llevará, estúpido.

--- ¡Oh, oh, oh!

Volvió el silencio. Largo, lento.

El negro Jesucristo Olarte propuso:

--- ¿Y por qué, más limpio, no nos lo comemos a Proaño?

El cuarterón Manzo apoyó:

--- Eso es más de machos... ¡Yo acompaño a Jesucristo!

Armenio Núñez increpó, con fastidio:

--- ¡Ya, ya! ¡Ya salió de nuevo al baile la pareja de monos! ¡Si lo han repetido veinte veces! ¡No, no, no! ¿oyen? ¿Es que quieren verse en líos? No; yo, no... Así como digo es lo mejor. Sin empuercarse las manos

El capataz Benítez ---casi un blanco--- tuvo un resquemor final:

--- ¿Y si nos ha metido el jorobado sucio?

Luis León pegó un brinco:

--- Primero, yo no soy jorobado ni soy sucio; después... Yo oí, yo oí... Fue al mediodía. Proaño le dijo a la gringa: "¿Cuándo?"; ella se quedó callada, pensando, y le contestó al rato: "Esta noche. Cuando se hayan dormido esos tipos (tipos, nos dijo a nosotros vea), te espero en la tienda". Así fue. Y se besaron. Yo vi; yo oí... Ahí detrás, no más, pasó la cosa, en el piñal grande; y, entonces...

Alguien ---otra sombra en la noche--- surgió de entre la maleza y se aproximó al grupo.

--- ¡Ya!... ---susurró---. Proaño ha entrado en la tienda.

Se levantó rapidamente Armenio Núñez. Los demás lo imitaron. Algunos se dirigieron a la fogata y encendieron en ella hachones de ramas secas. Luego se marcharon, como una procesión fantástica, como al parecer suelen andar por esos montes las almas en pena, buscando el camino eternamente perdido.

Jonás Barzola les recomendó a los que se alejaban:

--- Hay que encerrarlos. No les dejen boquete. Busquen los palos secos y prendan las matas.

Armenio Núñez, que iba adelante, respondió:

--- ¡No grite, viejo! Ya sabemos lo que hay que hacer.

Barzola ordenó a los que quedaban:

--- Ahora, a traer el aguardiente.

Desde el ramadón trajeron un barril mediano. Lo destaparon. Circularon las tazas. Bebieron.

Se habría podido ver desde la copa mayor del matapalo. Acaso estaría trepado allí el jorobado Luis León, observador contumaz. Quizás no estuviera.

Se irguió el incendio de la selva en torno de la tienda de campaña, en donde estaban la mujer del perito agrícola y su amante recién llegado, envolviendo la minúscula explanada en un aro ardiente e infranqueable. Una llama voladora saltó desde un árbol alto a la toma de la tienda, y la encendió como una lámpara. Salió la mujer. Iba desnuda... Brillaba su carne blanquísima a la luz roja de la hoguera. Tras ella salió un hombre moreno.

Las llamas avanzaban de todos partes, cerrando su circulo. El hombre estrechó a la mujer entre sus brazos. Parecía como si quiera librarla con su cuerpo de las llamas enloquecidas, que ahora, con el respirar de la tierra, se elevaban contra el cielo y lo enrojecían.

Pero vino de un lado el viento, y las llamas se inclinaron sobre la mujer desnuda, sobre el hombre moreno, sobre su inútil abrazo...

La mujer se arrodilló. El hombre la dejó sola un momento. Buscó una salida inhallable. Luego tornó a ella. La alzó hasta él.

El humo les envolvió. Se les oía toser de un modo lamentable.

Gritaron.

Entiendo que "la selva en llamas" fue rechazada por la empresa de magazines amarillos. Parece que encontraron a faltar fotografías. El pobre Rubén Jiménez no podía conseguirlas.